

## CAPITULO XLI

Billot empieza á reconocer que en las revoluciones hay mas espinas que rosas.

Billot, que habia tomado parte lo mismo que Pitou en todas las ocasiones gloriosas, empezó á notar que no todo era tan bueno como se habia figurado en un principio.

Así que hubo recobrado sus sentidos con la frescura del río;

— Señor Billot, dijo Pitou, os aseguro que echo mucho de menos á Villers-Cotterets; ¿y vos?

Estas palabras, como un fresco y tranquilo rocío despertaron la energía del arrendatario, que recuperó sus fuerzas y cruzó por medio de la multitud para alejarse de aquella carnicería.

— Ven, dijo á Pitou; tienes razon.

Y volvió á buscar á Gilberto que vivia en Versailles y que sin haber vuelto á ver á la reina desde el viage del rey á París habia llegado á ser el brazo derecho de Necker, que habia vuelto al ministerio, abandonando la novela de su vida por la historia de todos, y procurando organizar la prosperidad, generalizando la miseria.

Pitou le siguió como hacia siempre.

Los dos fueron introducidos en el despacho en que trabajaba el doctor.

— Doctor, dijo Billot, regreso á la hacienda.

— ¿Y por qué? preguntó Gilberto.

— Porque aborrezco á París.

— ¡Ah! ya comprendo, dijo Gilberto con frialdad; estais ya cansado.

— Aburrido.

— ¿No os gusta la revolucion?

— Quisiera verla concluida.

Gilberto se sonrió tristemente.

— Ahora es cuando empieza, dijo.

— ¡Oh! exclamó Billot.

— ¿Eso os admira, Billot? preguntó Gilberto.

— Lo que me admira es vuestra sangre fria.

— Amigo mio, preguntó Gilberto á Billot; ¿sabeis de qué proviene esta sangre fria?

— Solo puede provenir de una conviccion.

— Justamente.

— ¿Y qué conviccion es esa?

— Adivinadla.

— ¿Que todo concluirá bien?

Gilberto se sonrió mas tristemente aun, que la vez primera.

— Tengo, por el contrario, la conviccion de que todo concluirá mal.

Billot se admiró de nuevo.

En cuanto á Pitou, abrió desmesuradamente los ojos, pues hallaba poco lógico el argumento.

— Veamos, dijo Billot rascándose la oreja; veamos, porque no comprendo bien á lo que creo.

— Sentaos, Billot, dijo Gilberto, y coloaos á mi lado. Billot obedeció.

— Mas cerca aun, mas cerca; de manera que vos solo me oigais.

— ¿Y yo, señor Gilberto? preguntó tímidamente Pitou, como diciendo que estaba pronto á retirarse, si así lo deseaba Gilberto.

— ¡Oh, no! quédate tambien. Tú eres jóven; escucha.

Pitou se sentó en el suelo al lado de Billot.

Era un singular espectáculo el que ofrecia el grupo y el conciliábulo de aquellos tres hombres en el despacho de Gilberto, al lado de una mesa cargada de papeles impresos y de periódicos, á cuatro pasos de una puerta que asediaban, sin poderla forzar, los pretendientes, contenidos por un escribiente viejo, casi ciego y manco.

— Ya escucho, dijo Billot: explicaos señor. ¿Cómo es que todo concluirá mal?

— Os lo diré, Billot; ¿sabeis lo que hacia en este momento?

— Estábais escribiendo.

- ¿Pero no sabreis en qué me ocupaba?
- ¿Pues qué, quereis que lo adivine yo que no sé leer?
- Pitou levantó tímidamente la cabeza, y dirigió su vista al papel que el doctor indicaba á Billot.
- Esos son números, dijo.
- Es cierto, son números; pero esos números son á un mismo tiempo la salvacion y la ruina de la Francia.
- ¡Oh! exclamó Billot.
- ¡Oh! ¡oh! repitió Pitou.
- Esos números, impresos mañana, continuó el doctor, irán á pedir al palacio del rey, al palacio de los nobles, y á la cabaña del pobre, la cuarta parte de sus productos.
- ¡Heim! exclamó Billot.
- ¡Pobre tia Angélica! murmuró Pitou; ¡qué mala cara va á poner!
- ¿Qué decis de esto? continuó Gilberto. Se toman resoluciones, es cierto; pero tambien es preciso pagarlas.
- Es muy justo, respondió heróicamente Billot. Sea así, se pagará.
- Pardiez, dijo Gilberto, vos sois un creyente y vuestra respuesta nada tiene por que admirarme; pero los que no lo son...
- ¿Los que no lo son?...
- Sí, ¿qué harán?...
- Se resistirán, dijo Billot con un tono que queria decir que él se opondría con todas sus fuerzas si le pidiesen la cuarta parte de su renta, para llevar á cabo una obra contraria á sus convicciones.
- En ese caso habrá lucha, dijo Gilberto.
- Pero la mayoría... dijo Billot...
- Acabad, amigo mio.
- La mayoría está allí para imponer su voluntad.
- Entónces habrá necesariamente opresion.
- Billot miró á Gilberto con aspecto dudoso en un principio; pero en seguida un rayo de inteligencia brilló en sus ojos.
- Esperad, Billot, exclamó el doctor; sé lo que vais

- á decirme; los nobles y el clero lo tienen todo, ¿no es verdad?
- Es cierto, dijo Billot, los conventos...
- Los conventos son ricos.
- *Notum certumque*, murmuró Pitou.
- Los nobles no pagan un impuesto proporcionado. De manera que, yo arrendatario, pago mas del doble de impuestos de los que pagan los tres hermanos de Charny, mis vecinos, que tienen cada uno mas de doscientas mil libras de renta.
- Pero, vamos, ¿creeis que los nobles y el clero sean menos franceses que vos?
- Pitou puso toda su atencion en aquellas palabras, que podia dar lugar á la heregía, en un tiempo en que el patriotismo se mediaba por la fuerza de los puños en la plaza de la Greve.
- Vos no creeis nada de eso, ¿no es verdad amigo mio? no podeis reconocer que esos nobles y esos sacerdotes que todo lo absorben y que nada revuelven sean tan patriotas como vos.
- Es verdad.
- Pues ese es un error muy grande, Billot; un error, y voy á convencerlos de ello.
- Muy bien; veamos.
- Escuchad.
- Ya escucho.
- Pues bien, yo os aseguro, Billot, que de aquí á tres dias, el hombre que goza de mas privilegio en Francia será el que menos posea.
- Entónces, ese seré yo, dijo gravemente Pitou.
- Sí, tú, por ejemplo.
- ¿Y cómo es eso? preguntó Billot.
- Escuchad. Esos nobles y esos eclesiásticos á quienes acusais de egoismo, empiezan ya á ser acometidos de esa fiebre de patriotismo que va á apoderarse de toda la Francia. En estos momentos se están reuniendo y deliberan; el mas osado va á dar el ejemplo pasado mañana,

mañana tal vez, hoy mismo, y detrás de él irán todos los demás.

— ¿Y cómo será eso, señor Gilberto?

— Abandonando sus prerogativas, los señores feudales levantarán el yugo con que oprimían á sus vasallos; los propietarios de tierras abandonarán sus arrendamientos y sus rentas.

— ¡Oh! ¡oh! exclamó Pitou; ¿creéis que harán todo eso?

— ¡Oh! repitió Billot, esa es la libertad en todo su esplendor.

— Ahora bien, cuando todos seamos libres, ¿qué haremos?

— ¡Ah! cuando seamos libres, dijo Billot algo cortado, entónces... ya veremos.

— Esa es la palabra sacramental, exclamó Gilberto; ¡ya veremos!

Y se levantó con aire sombrío paseándose silenciosamente por algunos momentos. En seguida volviéndose á dirigir á Billot, cuya mano callosa cogió entre las suyas, dijo con una severidad que se asemejaba mucho á la amenaza.

— Sí, ¡ya veremos! Lo veremos todo, tú lo mismo que yo, los demás lo mismo que tú, y hé aquí precisamente en lo que pensaba yo hace un momento cuando has hallado en mí esa sangre fría que tanto te ha sorprendido.

— ¡Me asustais! el pueblo unido, abrazándose y reuniéndose para concurrir á la prosperidad de todos, ¿es por ventura una cosa que os haga poner tan sombrío?

Gilberto se encogió de hombros.

— Entónces, continuó Billot, interrogando á su vez, ¿qué juzgaríais de vos mismo, si hoy dudais, despues de haberlo preparado todo en el antiguo mundo, dando libertad al nuevo?

— Billot! repuso Gilberto; acabas de pronunciar una palabra que es la solución del enigma; esa palabra que pronuncia Lafayette y que nadie acaso, incluso él, comprende; sí, hemos dado la libertad al Nuevo Mundo.

— Ves que sois francés ¡oh, eso es muy hermoso!

— Sí, es muy hermoso; pero eso costará muy caro, dijo tristemente Gilberto.

— ¡Bah! un poco de oro, mucha sangre, y todo queda pagado, dijo Billot sencillamente.

— ¡Ciego! dijo Gilberto; ¡ciego! que no vé en esa aurora de Occidente el gérmen de nuestra ruina. ¡Ay! pero con qué justicia podré yo acusar, yo que no he visto mas que los otros! Oh! quiera Dios que el haber dado la libertad al Nuevo Mundo no sea haber perdido al antiguo!

— *Rerum novus nascitur ordo*, exclamó Pitou con todo el aplomo revolucionario.

— Silencio, niño, dijo Gilberto, y continuó; sí, un Nuevo Mundo; este es un sitio nuevo, una nueva forma, sin leyes, pero sin abusos; sin ideas pero sin preocupaciones. En Francia, treinta mil leguas cuadradas para treinta millones de hombres, esto es; en caso de un repartimiento territorial apenas una cuna y una tumba para cada uno. Allá en América doscientas mil leguas cuadradas para tres millones de habitantes, fronteras que lindan con el desierto, es decir, el espacio y el mar; la inmensidad; en estas doscientas mil leguas, rios navegables, selvas vírgenes cuya profundidad es solo conocida de Dios, es decir, todos los elementos de la vida, de la civilización y del porvenir. ¡Oh! qué fácil es, Billot, cuando se tiene un nombre como el de Lafayette y la costumbre de las armas, cuando uno se llama Washigton, y se posee el hábito del pensamiento; cuán fácil es derribar murallas de madera, de tierra, de piedra y de carne! Pero cuando en vez de fundar se destruye; cuando se vé en el antiguo orden de cosas que se atacan murallas de ideas ruinosas, y que detrás de estas ruinas se refugian tantos hombres y tantos intereses; cuando despues de haber hallado la idea se ve que para hacerla adoptar á un pueblo es preciso diezmarlo desde el anciano que se acuerda hasta el niño que aspira; desde el monumento que es la memoria, hasta el gérmen que es el instinto; entónces, ¡oh entónces, Billot, es una

empresa que debe estremecer á los que vean al otro lado del horizonte! Yo tengo una mirada que distingue desde muy lejos, y me estremezco.

— Perdonad, caballero, dijo Billot guiado siempre por su buen sentido: me acusábais ahora mismo de aborrecer la revolucion, y vos mismo me la estais haciendo execrar.

— Pero ya te he dicho que yo hacia renuncia.

— *Errare humanum est, murmuró Pitou; sed perseverare diabolicum.*

Y diciendo estas palabras latinas recogió y reunió sus pies y sus manos.

— Sin embargo, continuó Gilberto, perseveraré, porque aunque entrevea todos los obstáculos, veo tambien el fin, y el objeto es santo, Billot. No es únicamente la libertad de la Francia en lo que pienso, sino en la libertad del mundo; no es la igualdad física, sino la igualdad ante la ley; no es la fraternidad entre los ciudadanos, sino la de los pueblos. En ello perderá tal vez mi alma y perecerá mi cuerpo, continuó melancólicamente Gilberto; pero no importa: el soldado á quien envian al asalto de una fortaleza, vé los cañones, vé las balas con que los cargan, vé la mecha que le aproximan y vé mas aun; vé la direccion en que los colocan; comprende que aquella masa de hierro le irá tal vez á atravesar el pecho; pero sigue adelante: es preciso apoderarse del fuerte. Pues bien, Billot; todos somos soldados. ¡Adelante! Y que sobre los montones de nuestros cadáveres marchen un dia las generaciones cuya vanguardia es ese niño que está ahí sentado en el suelo.

— Verdaderamente, no sé por qué desesperais caballero Gilberto; ¿es por ventura, por haber sido asesinado un pobre diablo en la plaza de la Greve?

— Y tú, ¿por qué te horrorizas? Anda, Billot; ahorca tú tambien.

— ¡Oh, qué decís! ¡señor Gilberto!

— Es preciso ser consecuente. Tú has venido amarillo, temblando, tú, tan fuerte y tan valiente, y me has dicho: «Estoy cansado;» yo me he reído, y hé aquí que cuando

te esplico por qué estaba amarillo, por qué estaba cansado, tú eres quien te ries á tu vez de mí.

— Hablad, señor, hablad; pero primero dejadme la esperanza de que volveré consolado á mis tierras.

— ¡Las tierras! escucha Billot, todas nuestras esperanzas se fundan en ellas; en el campo, revolucion pacífica que duerme y que se despierta cada mil años, causando un horrible estremecimiento á la monarquía en cada una de sus sacudidas. El campo se revolucionará á su vez; cuando llegue la ocasion de comprar ó de conquistar esos bienes mal adquiridos de que hablabas hace poco y que son el patrimonio de la nobleza y del clero. Pero para dirigir á los campos en la recoleccion de las ideas, es preciso impulsar al aldeano á la conquista de la tierra. El hombre, en llegando á ser propietario se hace libre, y una vez libre, mejora en su parte moral. A nosotros, pues, obreros privilegiados, á quien Dios permite descorrer el velo del porvenir, nos toca una mision terrible, el trabajo es árduo; pero este trabajo despues de haber dado la libertad al pueblo le dará la propiedad. Tendremos, Billot, muchas fatigas y tal vez una triste recompensa; pero nuestra obra poderosa estará sembrada de alegrías, de dolores, de glorias y de calumnias; en los campos reina un sueño profundo é impotente, hasta que nuestra voz dé la señal, y una nueva aurora se levantará para ellos.

Despierto una vez el campo, nuestra obra sangrienta concluye y su obra tranquila dá principio.

— ¿Y qué debemos hacer ahora nosotros?

— ¿Quieres ser útil á tu patria, á la nacion, á tus hermanos, al mundo? pues quédate aquí, Billot, toma un martillo y trabaja en ese taller de Vulcano, que forja los rayos que han de aterrar al mundo.

— ¡Quedarme aquí para ver ahorcar, degollar, para ser yo mismo verdugo tal vez!

— ¿Qué dices? Billot, exclamó Gilberto con una heida sonrisa; ¿tú degollar?

— Digo que si permanezco aquí, como vos quereis, exclamó Billot temblando, al primero que vea colgar una

cuerda de un farol, le ahorcaré con mis propias manos.

Gilberto volvió á sonreír.

— Vamos, veo que me comprendes, y hé aquí que tú mismo te conviertes en verdugo.

— Sí, en verdugo de malhechores.

— ¿Dime, Billot, has visto tú asesinar á de Losme, de Launay, Flesselles, Foulon y Berthier?

— Sí.

— ¿Y cómo les llaman sus ejecutores?

— Malhechores.

— Sí, sí, es verdad, dijo Pitou, los llamaban malhechores y bandidos.

— Sí, pero yo soy quien tengo razon, dijo Billot.

— Tendrás razon si ahorcas; pero no si eres ahorcado.

Billot inclinó la cabeza bajo aquel pesado raciocinio; en seguida alzándola con nobleza.

— ¿Sostendreis por ventura, dijo, que los que asesinan á hombres indefensos, y que se hallan bajo la salvaguardia del honor público, son tan buenos franceses como yo?

— ¡Ah! exclamó Gilberto, eso es muy distinto! En Francia hay muchas clases de franceses. Primeramente hay un pueblo francés al cual pertenece Pitou, del que tú eres y yo tambien; despues hay el clero francés; luego la nobleza francesa: de manera, que son tres especies de franceses. Cada uno es francés segun el punto de vista de sus intereses, y esto sin contar al rey de Francia, que es francés á su manera. ¡Ah, Billot! tú serás francés de un modo, el abate Maury de otro distinto que tú, Mirabeau lo será de una manera muy diferente que Maury, y el rey, en fin, bajo otro concepto que Mirabeau. Pues bien, Billot, mi buen amigo, tú, hombre de recto corazon y sana inteligencia, acabas de entrar en la segunda parte de la cuestion de que yo me ocupo. Hazme el favor, Billot, de dirigir tus ojos á esto.

Y Gilberto presentó al arrendatario un papel impreso.

— ¿Y qué es esto? dijo Billot tomando el papel.

— Lee.

— Ya sabeis que no sé.

— Dádselo á Pitou.

Pitou se levantó, y alzándose sobre la punta de sus pies, miró por encima de los hombros de Billot.

— Esto no es francés, dijo, ni latin, ni griego.

— Es inglés, repuso Gilberto.

— Yo no sé inglés, dijo orgullosamente Pitou.

— Yo sí lo sé, dijo Gilberto, y voy á traducir este escrito; pero antes mirad la firma.

— Pitt, dijo Pitou; y ¿quién es ese Pitt?

— Voy á explicároslo, dijo Gilberto.

## CAPITULO XLII.

Los Pitt.

— Pitt, prosiguió Gilberto, es el hijo de Pitt.

— ¡Calla! exclamó Pitou; eso es lo mismo que en la escritura. Segun eso hay Pitt primero y Pitt segundó.

— Sí, el primer Pitt.... Escuchad amigos míos lo que os voy á decir.

— Ya escuchamos, respondieron Billot y Pitou á un mismo tiempo.

— El Pitt primero, fué por espacio de treinta años el enemigo declarado de la Francia: hacia la guerra desde su despacho, donde le tenia sujeto la gota; Montcalm y Vandreuill en América; el bailío de Suffren y Mr. Estaing en el mar; Noailles y Broglie sobre el continente. Ese Pitt primero, habia tenido por principio, que era preciso destronar á la Francia, y por espacio de treinta años nos fué ocupando una á una todas nuestras colonias, todo el litoral de la India y quinientas leguas en el Canadá; despues, cuando vió que la Francia se hallaba arruinada en sus tres cuartas partes, presentó á su hijo para acabarla de destrozár.

— ¡Ah! exclamó Billot visiblemente interesado; de manera que nuestro Pitt....

— Precisamente, ese es el Pitt hijo, á quien ya cono-

ceis, Billot, á quien Pitou conoce, á quien conoce el universo todo, y que ha cumplido treinta años en el mes de mayo pasado.

— ¿Treinta años?

— Ya veis que ha empleado perfectamente su tiempo. Pues bien, hace siete años que gobierna la Inglaterra; siete años que pone en práctica las teorías de su padre.

— Pues creo que ya tenemos Pitt para algun tiempo, dijo Billot.

— Sí, mientras dure el soplo vital en los Pitt. Pero dejadme probaros lo que son, con un hecho.

Pitou y Billot indicaron con un gesto que prestaban la mayor atencion.

Gilberto continuó:

— En 1778, el padre de nuestro enemigo se hallaba á las puertas de la muerte. Los médicos le habian confesado que su vida estaba pendiente de un hilo, y que el mas ligero esfuerzo bastaria para romper este hilo.

Tratábase entónces en pleno parlamento de la cuestion de abandonar las colonias americanas á sus deseos de independencia, para detener la guerra fomentada por los franceses, que amenazaba absorber toda la riqueza y todos los soldados de la Gran Bretaña.

Esto pasaba en los momentos en que Luis XVI, nuestro buen rey, ese mismo á quien la nacion acaba de dar el título de padre de la libertad francesa, habia reconocido solemnemente la independencia de la América; sobre el campo de batalla y en el consejo habian prevalecido las armas y el génio de los franceses; la Inglaterra ofreció á Washington, es decir, al gefe de los insurgentes, el reconocimiento de la nacionalidad americana, si volviéndose contra la Francia, queria aliarse á la Inglaterra.

— Pero se me figura, dijo Billot, que esa es una proposicion indigna de hacerse y de aceptarse.

— Mi querido Billot, esto se llama diplomacia, y en el mundo político se santifica toda clase de ideas. Pues bien, Billot, por inmoral que juzguais la cuestion; tal vez, á pesar de Washington, que es el mas leal de los hombres, se

hubieran hallado americanos dispues'os á comprar la paz al precio de esa vergonzosa concesion hecha á la Inglaterra.

Pero lord Chatam, el padre de Pitt, ese enfermo sentenciado, ese moribundo, ese fantasma que habia ya entrado hasta las rodillas en la tumba, Chatam, que parecia no deber ansiar mas que un poco de tranquilidad sobre la tierra para prepararse al sueño del sepulcro, aquel anciano se hizo conducir al parlamento.

Dábanle el brazo Williams Pitt su hijo, y su yerno. Iba vestido con un magnífico trage, ridiculo atavio de un esqueleto. Pálido como un espectro, con los ojos vidriosos bajo sus lánguidos párpados, hizose conducir hasta su banco, mientras que todos los lores, asombrados de aquella aparicion inesperada, se inclinaban y admiraban como hubiera podido hacerlo el senado romano á la vuelta de Tiberio, muerto ya y olvidado.

Pitt escuchó en silencio y con un profundo recogimiento el discurso de lord Richmond, autor de la proposicion; y así que hubo terminado, Chatam se levantó para contestar.

Entónces aquel hombre cadáver, halló fuerzas para pronunciar un discurso de tres horas; halló energia en su pecho para hacer brillar el fuego en sus miradas, halló en su alma acentos que conmovieron todos los corazones.

Verdad es que hablaba contra los franceses; verdad es que trataba de atizar el odio de sus compatriotas y que habia evocado todas sus fuerzas y toda su energia para arruinar al pais que le era odioso por su rivalidad. Rechazó la independencia de la América, desechó toda transacion y pidió la guerra. Habló como Anibal contra Roma, como Caton contra Cartago; declaró que el deber de todo inglés leal, era el de perecer antes que permitir que una colonia, la mas insignificante de todas, se separase de la madre patria.

Y acabando su peroracion, lanzó su postrer amenaza, y cayó como herido de un rayo.

Ya nada le quedaba que hacer en el mundo, y le sacaron de allí casi espirando.

A los pocos dias falleció.

— No lo niego.

— ¡Oh! ¡oh! exclamaron á la vez Billot y Pitou; ¡qué hombre!

— Este era el padre del jóven de treinta años que nos ocupa, prosiguió Gilberto. Chatam murió á los setenta años. Si el hijo llega á la edad del padre, tenemos aun cuarenta años de Pitt. Hé aquí, Billot, el hombre en cuestion; hé aquí el hombre que gobierna la Gran Bretaña, el que se acuerda de los nombres de Lameth, de Rochambeau, de Lafayette, el que sabe ahora mismo todos los nombres de los miembros de la Asamblea nacional; el que ha jurado un odio mortal á Luis XVI, el autor del tratado de 1778; el hombre, en fin, que no respirará con libertad, en tanto que haya en Francia un fusil cargado y un bolsillo lleno. ¿Empezais á comprender?

— Comprendo que odia á la Francia, eso sí; pero aun no veo claro en todo eso.

— Ni yo, dijo Pitou.

— Pues bien, leed estas cuatro palabras.

Y presentó el papel á Pitou.

— Es inglés, dijo Pitou.

— *Dont mind the money*, prosiguió Gilberto.

— Ya lo oigo, dijo Pitou; pero no lo entiendo.

— *No hagais caso ninguno del dinero*. Y mas adelante, volviendó á lo mismo:

« Decidles que no escaseen el dinero, y que no me den cuentas de él. »

— Segun eso están haciendo algun armamento de tropas.

— No arman, sino sobornan.

— ¿Pero á quién se dirige esa carta?

— A todo el mundo y á nadie. Ese dinero que se dá, que se esparce, que se prodiga á manos llenas, se entrega á los paisanos, á los obreros, á los perdidos, á gentes, en fin, que envilecerán nuestra revolucion.

Billot bajó la cabeza. Las palabras del doctor le explicaban muchas cosas.

— ¿Habriais vos muerto á de Launay de un culatazo, Billot?

— No.

— ¿Y habriais muerto á Flesselles de un pistoletazo?

— No.

— ¿Y habriais ahorcado á Foulon?

— No.

— ¿Y hubierais llevado el corazon sangriento á la mesa de los electores?

— ¡Eso es infame! exclamó Billot. Por malvado que fuese ese hombre yo me hubiera dejado hacer pedazos por salvarle, y la prueba es que fui herido, y que á no ser por Pitou que me ha conducido hasta el rio...

— Es muy cierto, dijo Pitou; si no hubiera sido por mí, lo hubiera pasado muy mal el señor Billot.

— Pues bien, ya veis, Billot que existen ya personas que obrarian como vos si se viesen apoyadas, y que por el contrario, abandonadas á los malos ejemplos, se hacen malas, luego feroces, despues frenéticas; y luego cuando el mal está hecho, hecho se está.

— Pero en fin, objetó Billot; yo admito que Mr. Pitt, ó mas bien su dinero, entre por mucho en la muerte de Flesselles, de Foulon y de Berthier; ¿y qué es lo que adelantará con eso?

— ¿Me preguntais qué adelantará?

— Sí.

— Pues voy á decíroslo: ¿vos amais la revolucion, vos que habeis marchado por medio de la sangre á la toma de la Bastilla?

— Sí, me gustaba.

— Bien. Ahora os agrada menos, ahora echais de menos á Willers Cotterets, á Pisseleux, la paz de los campos y la sombra de vuestros bosques.

— *Frigida tempe*, murmuró Pitou.

— Sí, sí, teneis razon, dijo Billot.

— Pues bien, vos Billot, vos arrendatario, vos propietario, hijo de la isla de Francia, y por lo tanto antiguo francés, vos representais el estado llano y sois lo que se entiende por la mayoría; y vos estais cansado de la revolucion.

— No lo niego.

— De lo cual se deduce que la mayoría se cansará de la revolucion igualmente que vos.

— Tal vez.

— Y llegará un día en que tendereis los brazos á los soldados de Mr. de Brunswich ó de Mr. Pitt, los que vendrán en nombre de esos dos libertadores de la Francia á enseñaros sus sanas doctrinas.

— ¡Nunca!

— ¡Oh! ¡Esperad!

— Flesselles, Berthier y Foulon eran malvados en el fondo, dijo Pitou.

— ¡Pardiez! lo mismo que Mr. de Sartines y Mr. de Maurepas, como Mr. d'Aiguillon y Mr. Philippeaux, que lo fueron antes, como Mr. Law, como los Duverny, los Leblanc; lo mismo que lo fué Fouquet, Mazarino, Soubleancey, Enguerrando de Mariñy; lo mismo que Mr. de Brienne es un malvado para Mr. de Calonne, y Mr. de Calonne para Mr. Necker, y como lo será Necker para el ministerio qua venga de aquí á dos años.

— ¡Oh! señor Gilberto, ¡Mr. Necker no puede ser un malvado!

— Lo mismo, continuó el doctor, qué vos serais un malvado á los ojos del muchacho Pitou que está ahí, si un agente de Mr. Pitt le inicia en ciertas teorías bajo la influencia de un cuartillo de aguardiente y de diez francos por cada día de motin. La palabra *malvado* es la palabra con que se designa en las revoluciones al que piensa de una manera distinta de uno; todos nosotros estamos destinados á llevar ese epíteto poco ó mucho; algunos lo llevarán de tal modo, que sus compatriotas inscribirán esa palabra sobre sus tumbas, y otros le adquirirán de manera que la posteridad ratificará el epíteto. Esto es lo que yo veo y lo que vos no veis. Billot, Billot, es preciso que las gentes honradas no se retiren.

— ¡Bah! exclamó Billot; aunque las personas honradas se retiren, no por eso se parará la revolucion.

Una sonrisa se presentó en los labios de Gilberto.

— Loco, loco el que separa su brazo del arado y que

dice: « el arado no necesita de mí: el surco se hará él solo. » Pero amigo mio, ¿ esa revolucion, quién la ha hecho? Las personas honradas, ¿ no es verdad?

— La Francia tiene mucho orgullo en que haya sido así: me parece que Lafayette es un hombre honrado; Mr. Necker un hombre honrado; se me figura, en fin, que Mr. Elías, Mr. Hullin y Mr. Maillard, que combatian á mi lado, son personas honradas. Por último, creo que vos...

— Pues bien, Billot; si las personas honradas, si vos, si yo, si Hullin, si Elías, si Necker, si Bailly, si Lafayette se retiran, ¿ quién trabajará? Esos miserables, esos asesinos, esos malvados que os he denunciado ya, los agentes de Pitt.

— Vamos, señor Billot, responded algo, dijo Pitou convencido.

— Entónces todos se armarán y harán fuego sobre ellos como si fuesen perros.

— Y quién se ha de armar?

— Todo el mundo.

— Billot, Billot, tened entendida una cosa; y es que lo que hacemos aquí es tratar de... ¿ cómo se llama lo que aquí tratamos?

— Se llama política, señor Gilberto.

— Pues bien, en política no hay crímenes, absolutamente hablando: to los son malvados ú hombres, segun atacan ó defienden los intereses del que los juzga.

Los que vos llamais malvados, darán una razon para sus crímenes, mas ó menos fundada; y para muchas personas que tienen en ellos un interés directo ó indirecto, esos hombres no serán malvados.

— Todo eso es horroroso; pero si la revolucion camina sin nosotros, ¿ á dónde irá?

— ¡Qué sabemos! En cuanto á mí sé decir que lo ignoro.

— Pues si vos lo ignorais, vos que sois un sábio, yo que nada sé, prevéo...

— ¿Qué preveéis, Billot? hablad.

— Prevéo que lo mejor que podemos hacer Pitou y yo es volver á Pisseleux. Volveremos á tomar el arado, el verdadero arado, el de madera y de hierro, y no impul-

saremos ese carro de huesos que se llama pueblo francés, y que tiene las malas mafias de un caballo vicioso. Haremos crecer nuestros trigos en lugar de verter sangre, y viviremos libres y contentos en nuestras tierras. Venid con nosotros, señor Gilberto. ¡Oh diantrel á mí me gusta saber á donde voy.

— Una palabra, querido Billot. Os he dicho que no sé donde voy, es cierto; pero, sin embargo, mi vida pertenece á Dios, pero mis acciones son una deuda que debo pagar á mi patria. Mientras mi conciencia me diga « sigue, » seguiré. Si me equivoco, los hombres me castigarán; pero Dios me absolverá.

— Es que á veces los hombres castigan al que no se equivoca, y vos mismo lo decíais hace un momento.

— Y lo repito, pero no importa, yo persisto en mi obra. Equivocado ó no, sigo mi camino. Decir que el resultado no probará mi impotencia, sería una locura; pero antes que todo, Billot, el Señor ha dicho: « Paz á los hombres de buena voluntad. » Seamos esos hombres á quienes Dios ha prometido la paz. Ahí está Mr. Lafayette, que lleva ya muerto su tercer caballo blanco en América y en Francia; Mr. Bailly gasta sus pulmones; el rey gasta su popularidad. Billot no seamos egoístas, gastémonos también un poco. No os marcheis, Billot.

— ¿Pero para qué, si no podemos impedir el daño?

— Billot no volvais á decir eso en vuestra vida porque perderíais en mi aprecio. Os has visto insultado, maltratado, herido cuando habeis tratado de defender á Foulon y á Berthier.

— ¡Oh! sí, exclamó Billot llevando una mano á sus doloridos miembros.

— Y yo también, dijo Pitou.

— Y todo ello para no conseguir nada.

— Pues bien, si en vez de haber diez, quince, veinte de vuestro valor, hubiérais sido doscientos, trescientos, hubiérais arrebatado á ese infeliz de las manos de sus verdugos, y ahorrado ese borron á la Francia. Esa es la razón por la cual en vez de marchar á los campos que

están en paz, exijo de vos, amigo mío que os quedeis en París para poder disponer de un brazo fuerte y de un corazón recto, para que esparciendo no el oro, sino el amor á la patria, seais mi agente; para que seais el baston en que me apoye cuando me vaya á escurrir y el arma con que pueda castigar.

— ¡El perro de un ciego! dijo Billot con la mas sublime abnegacion.

— Justamente, dijo Gilberto.

— Está bien.

— Ya sé que todo lo abandonais; muger, fortuna, hijos, felicidad, todo, Billot; pero no será por mucho tiempo.

— ¿Y yo que he de hacer? dijo Pitou.

— Volver á Pisseleux á consolar á la familia de Billot y explicarle la santa causa que ha abrazado.

— Ahora mismo; dijo Pitou estremeciéndose de alegría con la idea de volver al lado de Catalina.

— Billot, dijo Gilberto, dadle vuestras instrucciones.

— Bien, Catalina queda nombrada dueña de la casa.

— ¿Y mad. Billot? preguntó Pitou un tanto sorprendido de aquella sustitucion de derechos en favor de la hija.

— Pitou, dijo Gilberto, que habia sorprendido la idea de Billot al ver el ligero carmin que se habia esparcido por el rostro del padre de la familia; recuerda el proverbio árabe: Oír es obedecer.

Pitou se avergonzó también, pues conoció su indiscrecion.

— Catalina es el alma de la familia, dijo Billot.

Gilberto se inclinó en señal de asentimiento.

— ¿Y nada mas? pregunto Pitou.

— Yo nada mas tengo que decir.

— Pues yo sí, dijo Gilberto. Irás con una carta mia al colegio de Luis el Grande: el cura Berardier te entregará á mi hijo, le traerás aquí, le abrazaré y le llevarás á Villers-Cotterets, donde le entregarás al cura Fortier para que no pierda el tiempo. Los jueves y domingos saldrá

contingo. Para mi tranquilidad y la suya, vale mas que salga de París.

— Muy bien, dijo Pitou lleno de gozo con la idea de recobrar á un mismo tiempo sus amistades de niño, y sus vagas aspiraciones de un sentimiento de adulto que despertaba en él Catalina.

Y levantándose en seguida, se despidio de Gilberto, que se sonreia, y de Billot que meditaba.

Despues de lo cual partió á toda carrera á buscar á Sebastian, su hermano de leche.

— Y ahora, dijo Gilberto á Billot, trabajemos.

### CAPITULO XLIII.

Medea.

A la violenta agitacion que hemos indicado á nuestros lectores, habia sucedido un poco de calma en Versalles.

El rey respiraba con mas libertad, y sin dejar de sentir lo que su orgullo de Borbon habia tenido que sufrir en el viage de París, consolábase con la idea de haber reconquistado su popularidad.

Entre tanto Necker organizaba y perdía insensiblemente la suya.

La nobleza se disponia á la defeccion ó á la resistencia.

El pueblo velaba y esperaba.

La reina, replegada sobre sí misma, segura de que era el blanco de todos los odios, disimulaba, sabiendo que aunque era el blanco de todos los odios, lo era asimismo de muchas esperanzas.

Desde el viage del rey á París, apenas habia visto á Gilberto.

Solo una vez le halló casualmente en una antecámara de las habitaciones del rey.

Y allí, viendo que Gilberto no hacia mas que saludarla profundamente, la reina fué la primera en romper el silencio.

— Buenos dias, caballero Gilberto, dijo, ¿vais á la habitacion del rey?

Y despues añadió con una sonrisa en que se reflejaba un tanto la ironía.

— ¿Vais como consejero, ó como médico?

— Como médico, señora, respondió Gilberto; pues hoy me encuentro de servicio.

La reina hizo seña á Gilberto para que la siguiera, y Gilberto obedeció.

Entraron ambos en un salon que lindaba con el cuarto del rey.

— Y bien, caballero, dijo la reina; ya veis que me habeis engañado cuando me asegurásteis que el rey no corria peligro alguno en su viage á París.

— ¿Yo, señora! repuso admirado Gilberto.

— Si, vos; ¿no han hecho fuego contra S. M?

— ¿Y quién ha dicho eso? señora.

— Todo el mundo, y sobre todo, los que han visto caer á aquella pobre muger junto al carruage del rey. Lo han dicho Mr. Beauveau, Mr. de Estaing, que vieron vuestra casaca desgarrada y vuestra chorrera atravesada por la bala.

— ¡Señora!

— La bala que os ha alcanzado, caballero, esa bala pudo muy bien matar al rey como ha muerto á esa pobre muger, y yo creo que ni vos ni esa muger erais el blanco de los asesinos.

— Yo no puedo creer en un crimen, señora, dijo Gilberto vacilando.

— Pues yo sí, dijo la reina clavando sobre Gilberto una mirada penetrante.

— En todo caso, si hay un crimen no se debe imputar al pueblo.

La reina volvió á mirar á Gilberto.

— ¡Ah! exclamó; ¿pues á quien se puede atribuir?

— Señora, continuó Gilberto moviendo la cabeza, hace ya mucho tiempo que veo y estudió al pueblo. Pues bien; el pueblo cuando asesina en tiempo de revolucion, asesina